



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Modestia artística.



—Parece que aplauden. Tiren ustedes de mí para sacarme á la fuerza.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¿Qué será ello?, por Juan Pérez Zúñiga.—Cambio, por Luis de Anserens.—¿Ramitos de violetas?, por Eduardo de Palacio.—Esperando, por Sinasio Delgado.—Paliqne, por Clarín.—Distraiciones de cropel, por Fiacre Yrizar.—Memorias.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

TEXTO: Modestia artística.—Actualidades (contra viñetas).—¿Ramitos de violetas? (dos viñetas).—Esperando.—El orden de factores... (seis viñetas), por Cilla.

DE TODO UN POCO

Primero lo del desafío de los generales, después lo de la bomba anarquista y ahora los augurios lastimeros acerca de los peligros que vamos á correr este verano. Para entonces se anuncian nuevas bombas y nuevos desafíos.

Los alarmistas están de enhorabuena.

El alarmista es un ser que goza sembrando el pavor entre sus conciudadanos.

No lo hace con el propósito ruin de molestar á nadie, sino porque tiene la imaginación llena de sombras y todo lo ve negro.

Hay una persona apreciable que viene á nuestra redacción de cuando en cuando y siempre nos asusta, aunque él no quiera.

—¿No saben ustedes lo que hay?

—No—le contestamos.

—Pues vengo de una casa de huéspedes donde he oído decir que el mundo se acabará el sábado por la noche.

—¡Demonio!

—Estuvo allí Noherlesoom y se lo ha dicho confidencialmente á la patrona; pero no hay que extremar el miedo, pues es muy posible que se aplaze el acontecimiento.

Ahora, con ocasión de la bomba, nuestro hombre anda sembrando la alarma por todas partes, y anoche estuvo aquí y nos dijo que iban á estallar otras muchas durante el presente mes y que Cánovas del Castillo se había mandado hacer un traje interior de hojalata por lo que pudiera ocurrir.

—La cosa está muy grave—añadió.—En Colmenar de Oreja hay un centro anarquista de donde salen las bombas ya cargadas. Háblase también de un alzamiento general. La junta del partido ha comprado un tambor en una prendería de la calle de Embajadores y lo ha remitido á Barcelona certificado.

Con hombres como éste vive uno en vilo y delante de él nadie puede quejarse.

Dice usted, verbigracia:

—No sé qué tengo en este ojo.

—¿En cuál?

—En el derecho. Me escuece mucho.

—¿A ver?—pregunta el alarmista levantando el párpado.—Sí; hay dentro una cosa así como estearina. ¡Diablo! No vaya á pasarse á usted lo que á un cuñado mío, que comenzó á sentir cosquillas en el ojo y no hizo caso, y una tarde se fué á sonar y se le cayó entero.

Hay una porción de alarmistas que ponen telegramas á los periódicos de su pueblo por pura afición y á fin de que el pánico se apodere de los lectores:

«En vista gravedad circunstancias Gobierno toma precauciones. Ayer hallóse bomba apagada, dos fetos putrefactos dentro cajón. Supónese obra filibusteros. Ministerio alarmado, gobernador dolores agudos todo cuerpo. Cólera presentóse Guindalera en sujeto que había comido gazpacho; adóptanse medidas sanitarias. Herida Reverte supuración.»

Cuando ha conseguido que el telegrama revista caracteres graves, el hombre se acuesta satisfecho y dice á su esposa:

—Vaya, hoy no se podrán quejar los lectores del periódico. Les he largado un telegrama que pone los pelos de punta.

Pero cuando no encuentra noticias alarmantes que transmitir, sufre horrorosamente y da vueltas en la cama suspirando:

—¿Qué tienes, Lino?—le pregunta su mujer.—¿Te duele algo?

—No; es que me da rabia ciertas cosas. Se decía que la herida de Reverte había entrado en el período de la supuración, y ahora resulta que se va cicatrizando. También se dijo que el 9 íbamos á

tener un ciclón muy bueno con multitud de víctimas; hoy estamos á 12, y ¡nadat! ¡Éste es un país perdido!

Conozco un alarmista terrible, que es además médico, aunque sin clientela conocida, y cuando algún inocente incurre en la torpeza de llamarle, el hombre se esponja y corre á la cabecera del enfermo. Lo ve, lo examina, lo pulsa y frunce las cejas. Después llama aparte á la persona más allegada y le dice misteriosamente:

—No me gusta nada ese hombre. ¿Es usted de la familia?

—Sí, señor—suele contestar el interpelado, con la alarma impresa en el semblante.

—Pues no debo ocultar á usted que el enfermo está de mucho cuidado... pero no hay que alarmarse... Tiene un ronquido en el vientre muy sospechoso. ¿Es posible que esté interesado el hígado?... Pero no hay que perder las esperanzas... Déme usted papel y pluma, voy á recetar... La cosa es bastante seria; pero no se alarmen ustedes... En fin, que tome una cucharada de esta medicina cada cinco minutos y procure usted que entre en un sudor copioso... Si ve usted que pone los ojos en blanco y delira y quiere arrojar de la cama, déjele usted que se arroje y me avisan ustedes inmediatamente; y mientras yo vengo, le atan ustedes por los pies á la cabecera; pero no hay que alarmarse... ¡Ah! no estaría de más que mandaran ustedes por el Viático...

Casi nunca hay necesidad de llamar al doctor, pues el enfermo no se tira de la cama, ni pone los ojos en blanco; y cuando el doctor se presenta al otro día, pregunta por el enfermo y le dicen:

—No está.

—¿Qué? ¿Ya lo han enterrado?

—¡Quiá! No, señor; se ha ido á merendar á las Ventas con unos amigos.

El doctor alarmista experimenta gran contrariedad y baja las escaleras diciendo para sí:

—¡Qué bruto de enfermo! ¡Desaprovechar una ocasión tan hermosa para morirse!... ¡No se puede uno fiar de síntomas ni de nadat!

Pues bien, el crimen horrible cometido en Barcelona no debe llevarnos hasta donde quieren los alarmistas.

Bueno que las autoridades vigilen y adopten medidas enérgicas y apliquen la ley con todo rigor; pero me parece ridícula la resolución de muchas personas que han renunciado á asistir á las representaciones teatrales y se hacen servir los comestibles desde el patio, valiéndose de una grúa, y no reciben visitas, y viven en un puro quejido, suponiendo que va estallarles una bomba debajo de la cama.

Luis Taboada.

¿QUÉ SERÁ ELLO?

Gertrudis, mi vecina, la de enfrente, tiene un gatito negro que se pone al balcón; allí sentado se pasa el día entero, y el físico se arregla, *coram pápulo*, lamiéndose los pelos. ¡Era lo más bromista cuando joven! ¡Siempre estaba risueño! Mas no sé por qué diantres ha cambiado desde hace poco tiempo. ¿Por qué hoy se encontrará lloroso y mustio que da lástima verlo? ¿Por qué los bigotazos, que el morrongo conservaba derechos, desde hace pocos días se le doblan (sobre todo el izquierdo)? ¿Por qué mira su cuarto de cordilla con profundo desprecio? ¿Por qué su largo rabo á todas horas sufre estremecimientos? Sus orejas parecen hojas secas de esas que arrastra el viento, y sus dos ojos, que antes semejaban dos chispitas de fuego, por lo opacos parecen estos días botones de chalco. ¡Sabe Dios qué será! ¡Poco me importa! Mas yo no sé qué siento que el ver al gato así, me preocupa y me ataca los nervios. ¿Será que la gatita de la vieja que hay en el estremo

no le maya como antes le mayaba
con amoroso acento?
¿Será que la cuestión de los Estados
Unidos le hace efecto?
¿Será que le entristece el desafío
de Campos y Borero?
¿Será que la simpática Gertrudis,
á la que adora ciego,
va á casarse muy pronto con el chico
de las de Vientreameno,
y pensando en la ya cercana boda
rabia aparte de celos
porque ya no es él solo el que va á darla
topetadas y besos?
¡Vaya usted á saber qué penas hondas
ocultará su pecho!
Lo malo es que trasmite su morriña
al vecindario entero.
Ya estamos los vecinos contagiados,
y hay quien llora en silencio,
y, á falta de otra cosa, hay quien se limpia
las lágrimas con queso,
y todos imitamos al minino;
tanto que ya tenemos
las orejas también abarquilladas
como el ramaje seco,
pelibajos los miseros bigotes
(sobre todo el izquierdo),
y también (con los ojos como tristes
botones de chaleco)
miramos nuestro cuarto de cordilla
con profundo desprecio!
¿Por qué está el pobre gato de Gertrudis
tan triste y macilento?
¡Dios lo sabe! ¡Nosotros sin ser dioses
la seniana que viene lo sabremos!

Juan Pérez Zúñiga.

Actualidades.



—¿Por qué me ha dado usted la enhorabuena?
—Porque supongo que habra usted obtenido medalla en la última exposición canina.



—Bueno, y ¿qué habéis acordado?
—Pues reunirnos junto á las tapias del Retiro y avisar á la autoridad para que os sorprenda examinando unos cables.



—¿Suspeuso? ¿Y por qué habrá sido? Por no haber sabido definir la omotato-peya. Pero ¿quién sabe eso?



—Anda con Dios, que como á ti te discutieran el acta... poca aprensión habrían de tener los que dijeran que estaba limpia.

Cambio.

¡Es el fin del amor!... Todo ha cambiado...
Habló la carne; reclamó su presa,
y el ídolo de ayer cayó entre ruinas...
¡Te besa el labio... el alma no te besa!
No eres el ideal... no eres el ángel
con que la mente fascinada sueña...
¡Al arrancar mis brazos de tu cuerpo
arrancaba también tus alas secas!
Hoy eres sólo la mujer hermosa
que los sentidos con afán recuerdan...
En el placer que juntos disfrutamos
abre una tumba al alma... ¡que está muerta!
Volveré á ti... ¿No he de volver, si siento
la fiebre golpeándome en las venas,
y aún tengo entre mis labios el rescoldo
del fuego de los tuyos cuando besas?...
Volvere... pero ¿cómo?... Con el ansia,
con el instinto innoble de la bestia,
sintiendo que mi espíritu agoniza
en la ola amarga de la ruina materia.
Ya no pueden clavarse en mí tus ojos
llenos de luz, con expresión ingenua:
¡ya no podrás, aunque lo intentes, nunca
contarme todo lo que á solas sueñas!
Murió la confianza de otras veces
al nacer el recelo y la vergüenza;
antes yo era más tuyo y tú más mía:
ahora hay algo fatal que nos aleja...
Tú lo sientes también... Al separarnos,
después de hundir nuestro ideal en tierra,
no pudiste mirarme frente á frente,
invadida por súbita tristeza...
Pensabas lo que yo... Todo ha cambiado:
la caricia no halaga, sino quema;
el ídolo de ayer cayó entre ruinas...
¡Besa la boca... el alma ya no besa!

Luis de Ancoena

¿Ramitos de violetas?

¡Qué bonitos!
 ¡Y qué bonito artículo sentidito, á lo Nieva, con ó sin muñecos, pudiera escribir un literato impresionista con este título!

—¿Ramitos de violetas? ¡Qué bonitos!

Así lo pregonan esas vírgenes errantes, chicas de buenas familias, que dedican sus años más inocentes á la venta de flores para que con ellas se adornen las señoras felices, las privilegiadas, que pueden despilfarrar una «perra grande» en floricultura.

En la heráldica amorosa la violeta es el emblema de las pasiones meridionales.

Explicaré el ingenioso retruécano, para que llegue á noticia del público.

«Pasiones meridionales» quiere decir entre muchachas y muchachos que manejan el metro con frecuencia, para medir meridianos de telas y cintas.

Esto es: pasiones entre la juventud «oficial» de modista y «la joven dependencia mercantil».

La violeta y el pensamiento son las dos flores parlantes, en opinión de una señorita cocinera á quien yo amé, complicado involuntariamente con un lancero raso.

¿Qué Aurora, Amparo, Florinda, Estrella ó Delfina no tienen en su corazón el remordimiento de la captura y conservación violenta de violetas ó pensamientos?

Sobre el velador ó sobre la mesa del comedor, ó donde no debe decirse, presos entre las hojas de una novela de folletín encuadrada por afición, allí están la violeta y el pensamiento laminados.

El sistema que proponía el baturro para enmendar ó para conservar jorobados.

Laminarlos y dejarlos reducidos á calcomanías.



La violeta, el pensamiento, son ilustraciones que embellecen los libros de las muchachas enamoradas y al par poéticas.

—¿Qué recordará esa violeta? ¿Quién será ese pensamiento?—se pregunta el curioso observador.

—¿Quién sabe si son recuerdos maternos!—como me decía á mí la cocinera.

¿Quién se atreve á profanar el santuario de las interioridades secretas y reservadas?

¿Serán violetas santificadas por el llanto ó regadas por el champagne barato de Reus?

¿Serán esos pensamientos de Pascal ó del independiente de ultramarinos?

Tal vez son pensamientos dignos de mejor causa.

Pensamientos políticos.

Pensamientos pecaminosos... ¡Oh!

Algunas muchachas manusciben, al pie del grupo de violetas ó del pensamiento ó pensamientos asociados, la historia particular de aquellas flores cuidadosamente pegadas con goma en tarjeta ó en la sota de bastos.

Al pie de las flores en conserva se lee alguna vez una fecha.

¿La del crimen? ¡Ah!

¿La del desengaño? ¡Oh!

Tuve una patrona, digo, me tuvo una patrona, que conservaba entre las hojas de una novela un ramito de violetas y una fotografía de un hombre que parecía un bull-dog.

En la tarjeta fotográfica se leía una fecha.

—¡Pobrecillo! En ese día murió... afortunadamente—me dijo, viendo que yo me enteraba del recuerdo.

—¿Le compadece usted y celebra su muerte?

—Sí, señor: le compadezco porque murió en ese día, al fin.

—Como mueren todos: al fin de la vida.

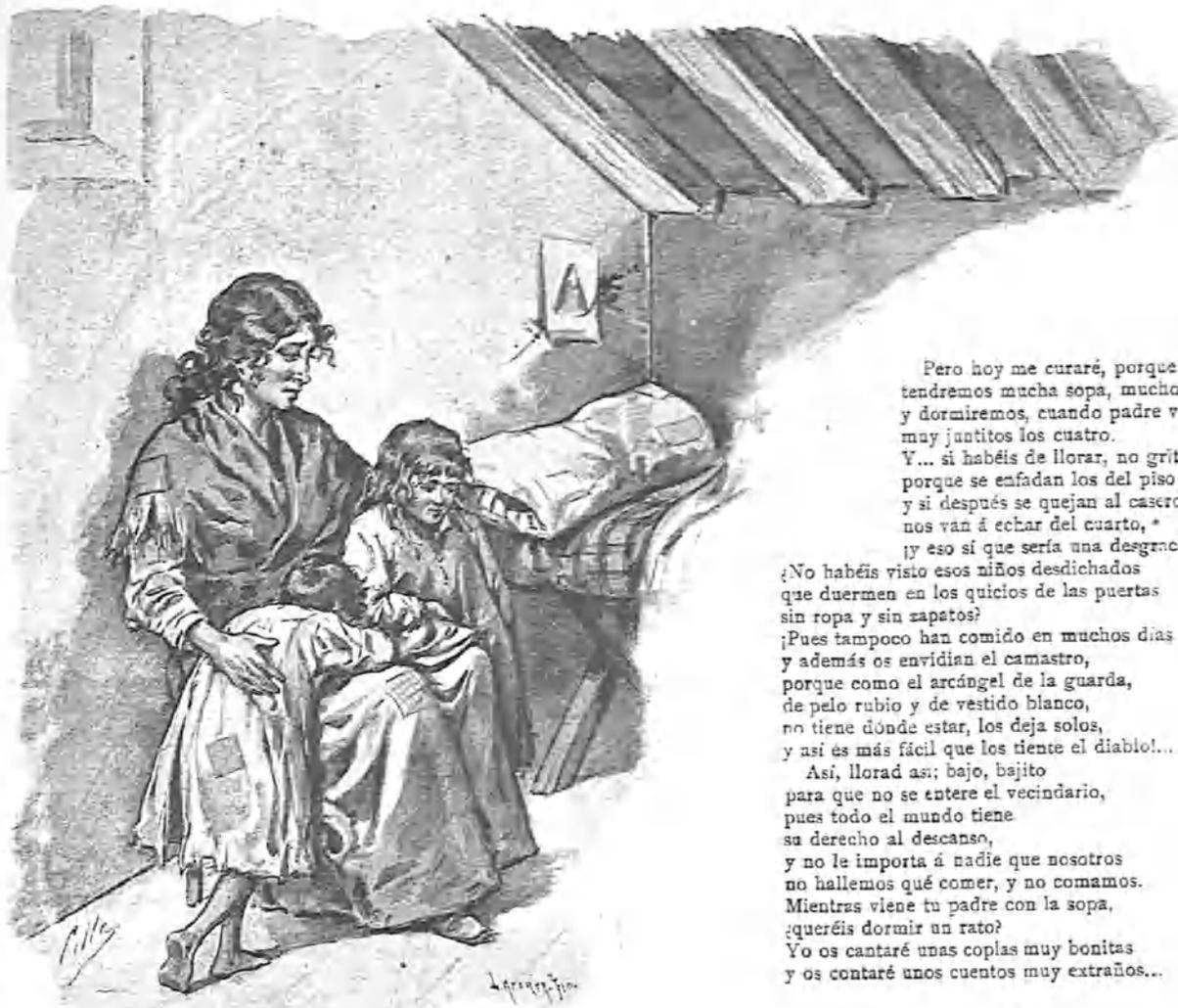
—¡Bribón! Dos meses se llevó por allá.

—¿Y ha vuelto después?

—No, señor: quiero decir que se fué debiéndome dos meses.

—¿Y esas violetas?

—Cuando yo le digo á usted que era un canalla, aunque retirado...



Esperando.

I

¿Pan? Bueno; no lloréis, tened paciencia; padre salió á buscarlo como todos los días, y esta noche de seguro lo trae. ¿Que tarda? ¡Claro! porque el pan no se encuentra fácilmente, ¡cuesta mucho trabajo! y andará el pobrecito por las calles pidiéndolo y busándolo.

Pero no lloréis más, porque si luego sabe que habéis llorado, os va á mandar que os acostéis sin cena, como ayer y anteaer... ¡como hace un año! ¿Veis cómo yo no lloro? ¿Que sí lloro? No es verdad eso; lo que veis no es llanto, es que... mientras dormís tranquilamente velo, y los ojos se me ponen malos.

Pero hoy me curaré, porque esta noche tendremos mucha sopa, mucho caldo y dormiremos, cuando padre venga, muy juntitos los cuatro. Y... si habéis de llorar, no gritéis mucho, porque se enfadan los del piso bajo y si después se quejan al casero nos van á echar del cuarto, * ¡y eso sí que sería una desgracia!

¿No habéis visto esos niños desdichados que duermen en los quicios de las puertas sin ropa y sin zapatos? ¡Pues tampoco han comido en muchos días y además os envidian el camastro, porque como el arcángel de la guarda, de pelo rubio y de vestido blanco, no tiene dónde estar, los deja solos, y así es más fácil que los tiende el diablo!...

Así, llorad así; bajo, bajito para que no se entere el vecindario, pues todo el mundo tiene su derecho al descanso, y no le importa á nadie que nosotros no hallemos qué comer, y no comamos. Mientras viene tu padre con la sopa, ¿queréis dormir un rato? Yo os cantaré unas coplas muy bonitas y os contaré unos cuentos muy extraños...

II

¡Cuánto tarda, Dios mío, cuánto tarda! Lo que salió á buscar no lo ha encontrado... ¡Cómo lo ha de encontrar, si ya no tiene vigor ni fuerza en los cansados brazos, y tendrán que decirle en todas partes: «No puedes trabajar, estás muy malo!» Pero ¿por qué no vuelve con nosotros á morir de miseria, de cansancio, ó á llorar todos juntos, pidiéndole al buen Dios que haga un milagro? ¡Ah! porque es muy cobarde, ¡como todos! no tienen corazón, no tienen ánimos, y el hambre de sus hijos les asusta, y escapan á sus ruegos y á su llanto...

Nosotras, por fortuna, somos fuertes, mientras nos queda sangre se la damos, y presta á sus dolores y amarguras suave calor el maternal regazo...

¡La muerte! ¡Nada importa! Confiamos en que Dios, que es muy justo y es muy santo, si no ha inventado el cielo todavía, tendrá, para nosotros, que inventarlo.

Sinesio Delgado.

PALIQUE

Con permiso de *El Liberal*, después de decirle que yo estoy conforme con su idea de que aquí se han perdido las nociones del derecho en las relaciones públicas, añadiré que, en mi humilde opinión, no de Papiniano ciertamente, sino del último de los *Modestinos*, aunque el *Código militar* nada hable del duelo, la autoridad jerárquica de la jurisdicción correspondiente puede pedir á las Cámaras que se deje libre la acción á la justicia, para procesar á representantes en Cortes que han sido sorprendidos *in fraganti* en el delito nombrado. *El Liberal* no niega que estando el duelo castigado por el Código penal, común á todos, los militares pueden meter delitos comunes, aun como militares. Claro, todos aquellos que estando penados por la ley, pero no por el Código militar, los militares realizan sin perder el carácter de tales. Por de pronto, la jurisdicción competente, y aquí entra la duda de *El Liberal*, es la militar que sorprendió el delito, porque ella sólo estaba en circunstancias de sorprenderlo.

En muchas ocasiones la justicia común podrá entender directamente, en otras no, y sería absurdo suponer que la autoridad mi-

litar tuviera que dar por no visto delito común que en su presencia se realiza por militares. Así, en infinidad de casos sería imposible sorprender *in fraganti* á los delincuentes militares autores de delitos que lo son en todos, aunque el Código militar no los señale.

Sea lo que quiera del curso del proceso, de la jurisdicción propia ulterior, el buen orden social, y la disciplina, exigen que la primera acción sea de la autoridad especial, siempre que se trate de casos en que ella es la primera, por motivos legítimos, que interviene en pro del orden.

Cualquier doctrina opuesta á lo dicho traería gran confusión, entorpecimiento en la acción *higiénica* de previsión jurídica y en la artística preparación de un procedimiento bien basado.

Ejemplo: el caso presente: el que pueda la jurisdicción militar dar el primer paso de hacer constar que no hay inmunidad que valga, porque los delincuentes han sido cogidos *in fraganti*.

De no seguirse este criterio, á más de infinitos males irremediables, vendría la necesidad de escribir un Código militar no es-

pecial, sino general; no militar, sino para los militares. [para todas sus relaciones jurídicas: un Código de casta, un fuero *aparte*, no un fuero especial técnico, que es cosa muy diferente.

Creo que *El Liberal*, si me ha entendido, y medita, estará conforme conmigo.

No es extraño que se discuta el asunto, pues estas cuestiones, de la *más real esencia* jurídica, de relación de la ley á su aplicación por las jurisdicciones oportunas, son el núcleo del derecho *positivo*, efectivamente *viciado*, y son por necesidad sutiles y complejas.

Y ahora me pongo á pensar en el ministro de Marina que no necesita de sutilezas semejantes para tener su opinión sobre el particular. Según él, ó á lo menos según su conducta en tales casos, no hay tal delito; los militares, en ocasiones, no sólo pueden, sino que tienen la obligación *oficial* de provocar á duelo á cualquier ciudadano.

De uno sé yo, *probo* funcionario del Estado—por oposición,—que cuando estaba más atareado cumpliendo su deber público, oficial, de examinar estudiantes, se vió una y otra vez interrumpido en su trabajo *obligatorio*, por varios oficiales que, dejando en Madrid su destino, es decir, las ocupaciones que les estaban encomendadas, fueron, caminando muchos kilómetros, á desafiar al funcionario civil; y según de público se dijo, aquellos oficiales, como constaba dónde era del caso, venían *para asuntos del servicio*. Y venían con permiso y hasta mandato del ministro.

De modo, que uno de los servicios de la marina de guerra, según eso, consiste en provocar á duelo al prójimo, en faltar al Código penal, que tiene eso por delito.

Pero acaso se dirá Beránger.

—¡Bah, qué tiene que ver! Entonces se trataba de un pobre *paísano* y ahora se trata de un capitán general y de un teniente general.

Porque para Beránger debe de haber castas.

No; y pensándolo bien, yo también creo que las hay.

Yo no creo ser de la casta de Beránger.

Pues anda que á dos soldados que se han batido con todos los requisitos que exige el honor, parece ser que les están formando sumaria.

Tampoco á esos les vendrá de casta el poder batirse en *nombre* del honor militar.

¿Dónde empieza el honor? ¿En qué grado?

Don Quijote tenía esto bien definido, á lo menos respecto de los escuderos de los caballeros andantes; pero el Código militar y Beránger no dicen nada del caso.

Mientras se resuelven estas dudas, se asegura que varios *subalternos* (subalternos, es decir, *pobres diablos*) de la policía han sido castigados por no haber sabido mostrar más diligencia, cuando se sorprendió *in fraganti*, á dos generales quebrantando el Código penal.

Y es lo que yo digo: eso del socialismo lo reducen los *probes* á la cuestión económica y sus afines, que son muy peliagudas, que no pueden resolverse en justicia en un dos por tres; y en cambio, muchas *cuestiones de clase* en que hay *razas* todavía, y que dan constantemente ocasión á miles de injusticias irritantes, y que se podrían corregir si el *pueblo quisiera de veras* en poco tiempo; tales cuestiones los *probes*, los *subalternos* las olvidan, y se dejan atropellar á diario en la vida civil, mientras piden á gritos la *luna económica*, ó por lo menos el *alumbrado público* de un porvenir tal vez no próximo.

Pero cedan las armas á la toga.

Concluyamos con un poco de literatura.

Dice el Sr. Núñez de Arce:

EL CRUCIFIXO DE MI HOGAR

Con religioso amor guardo una talla
Que representa á Cristo cuando, *inerte*
Y ya *sin fuerzas*, en la Cruz batalla
Con las fieras congojas de la muerte.

Yo, después de decir *inerte*, no hubiera añadido y ya *sin fuerzas*.

Sin forma escultural, tosco, mal hecho...

Tosco, mal hecho, lo que usted quiera; pero ¿sin forma escultural? ¿Pues no ha dicho el poeta que el Cristo era una *talla*... es decir, obra de escultura? ¿Cómo puede no ser escultural la escultura? Es como si dijéramos que un caserón no era obra arquitectónica, ó que un cuadro malo no era pintura...

¡Si hasta hay que llamar versos á cada cosa!

No crea el Sr. Núñez de Arce (me han dicho que lo sospecha) que yo tengo contra él queja personal de ningún género. Pero ¡buena estaría la crítica, si hasta que un poeta nos hiciera una judiada, no pudiéramos distinguir las cosas buenas de ese poeta de las malas! No ejército más que una acción pública, illustre vate.

Clasín.

EL ORDEN DE FACTORES...



—¿Conque esto á Valmediano? Un poquito lejos está, pero, en fin, no pesará mucho.



—¡Rediez!, pues sí qué pesa. No voy á teñer más remedio que descargarla un poco.



—Glu, glu, glu, glu... ¡Toda la pipa!



—Ahora la llevaré con más facilidad.



— ¡Reconcho! ¡Pues no resulta que pesa más ahora que está vacía!



— ¡Nada! que no puedo con ella...

Distracciones de oro-pel.

No he conocido jamás tan inútil chifladura como la que aún le dura á la esposa de don Blas.

No es un vicio que sonroje ni es que su *desdoro* sea; al contrario, Dorotea dora todo lo que coge.

Al cruzar el otro día la plaza de Lavapiés, se encontró con un francés que, desde un coche, decía:

— *C'est le grand descubrimiento que se ha inventado en Pagnis! ¡Con este hegmoro bagnis se dora todo al momento!*

¡Bian en tela, bian en yero, bian en metal ó en madaga, en fin, monsié, donde quiega queda su colog impreso!

¡Con este bueno ingrediente cualquiera pegrona dora! Compró la buena *senoga* su frasco correspondiente,

y desde el instante aquel todo el día se lo pasa dando vueltas por la casa con su frasco y su pincel.

¡No exagero! Todo el día siempre fija en esa idea... y es que á doña Dorotea le dió la doro-manía.

Ve un cuadrito muy bonito con adornos diminutos,

y á los dos ó tres minutos le ha dorado á usted el cuadrito.

¿Que el reloj se desdoro y no está brillante ahora? Pues va la buena señora y le dora á usted el reloj.

Ha barnizado con oro dos jarrones de la China, las sillas de la cocina y un marco de San Teodoro;

un canario, dos jilgueros, un rico colchón de muelles, una lámpara, dos fuelles, la bula y unos floreros.

¡Con decirle á usted, y no es guasa, que se empeñó el otro día en dorar á... Estefanía, la criada de la casa!

Con tal ahinco ha tomado la dichosa doradura, que eso ya no es chifladura, eso es... su *sueño dorado*.

Y como está envuelta en oro derrochando purpurina, por lo menos se imagina que tiene el oro y el moro.

De lo dicho se deduce que el gobierno se retrasa, y como en aquella casa no es oro lo que reluce, se cansa, de pronto, un día don Blas, que no es un gandal, la pone de oro y azul... ¡y acaba con su manía!

Fracto Drazgoz.

Menudencias.

¡Cuántos pensamientos bonitos de Sénecas y familia nos parecieran bobadas si no fuese por las firmas!

Me parece natural que la música bonita sea del *maestro* tal, cuando de tal lo acredita su mérito musical.

Mas, francamente, no hay caso para que al autor siniestro, que va de grita en fracaso, se le otorgue á cada paso el título de maestro.

Hay algunos señores que tienen la manía de creerse personas superiores... despreciando el billete del tranvía.

ANTONIO MONTALBÁN.

El buen vino y el aplauso son de condición idéntica: en el momento en que abundan se suben á la cabeza.

¡Vamos! ¡Si seré yo bueno, que hasta me enfado y maldigo cuando estrena algún amigo y le gritan el estreno!

EDUARDO VILLEGAS.

Es suerte reservada á las hermosas que os lanzáis del amor en las porfias inspirar á los hombres grandes cosas y oírles nada más que tonterías.

No eres mía, y ¡si vieras de qué suerte me atormenta la idea de perderte!

¡Si será soberana tu belleza que, según me han contado, después que ya has pasado, hasta los ciegos vuelven la cabeza!

MARIANO FRANC.

CHISMES Y CUENTOS.

Ya no me cabe duda. Los periódicos están escritos por ángeles del cielo, candorosos y sencillos como palomitas.

Porque han vuelto á sentir el *latigazo de la indignación* con motivo del último atestado anarquista de Barcelona, y exclaman á voz en cuello que «esto no puede quedar así, que hay que tomar enérgicas medidas de represión, que la sociedad debe defenderse á toda costa y por todos los medios contra una docena de salvajes que se empeñan en sembrar la desolación y el espanto, etc., etc.»

Ya no se acuerdan de que en cuanto las circunstancias lo exigen ponen el grito en el cielo de la misma manera, pasa la efervescencia poco á poco y á los quince días... si te he visto, bomba, no me acuerdo.

El Gobierno se asusta, prende á todos los anarquistas conocidos, se nombran jueces y fiscales, se agotan los interrogatorios de cajón... y á la calle tranquilamente á preparar otra hecatombe.

Sin ir más lejos, á ustedes les habrá sorprendido, como á este cura, el ramillete de noticias que se han lanzado á la publicidad esta semana.

«Se ha practicado un escrupuloso registro en el círculo anarquista de la calle de Tal.»

«Han sido detenidos varios sujetos, conocidos anarquistas.»

«Hoy han prestado declaración tales y cuales redactores de este ó el otro periódico defensor de las ideas anarquistas.»

Y á cualquiera se le ocurre preguntar:

Pero ¿había eso?

Pues ¿por qué lo había?

Porque los anarquistas siquiera van á un fin determinado, que es el de arrasar la sociedad actual por cuantos medios estén á su alcance, y para acordar esos medios fundan periódicos, abren círculos y se dedican á la propaganda.

Pero la sociedad, que también ha acordado defenderse, permite sus círculos, autoriza sus periódicos y no se acuerda de quejarse más que cuando estallan las bombas.

¡Á buena hora mangas verdes!

Es cosa decidida.
 Las pobrecitas y desventuradas compañías de ferrocarriles serán auxiliadas espléndidamente por el Gobierno.
 Pero, señor, yo lo que quisiera saber es el fundamento racional de esos auxilios. Porque aun suponiendo que efectivamente los negocios anduvieran mal, ¿el Estado que tiene que ver con eso?
 Que los abandonen los accionistas y el Estado se encargará de administrarlos, apropiándose los como *res nullius*.
 Porque si á fuerza de subvenciones á la prensa y de sueldos á los corresponsales se consigue sentar el precedente (y de nó á todos por pau comido) van á tener el mismo derecho todos los tenderos que se arruinan.
 Y á los reales, por cierto, no perdona el fisco un céntimo de las cincuenta y cuatro mil contribuciones con que le sirvamos... para poder socorrer á las compañías de ferrocarriles.
 ¿Se tira de la manta para todos, ó no se tira de la manta.

Gracias á Dios, ya está para arreglarse de un momento á otro la cuestión de Cuba.
 Verán ustedes de qué modo:
 «Se habla de una solución mediante la cual España concedería á Cuba un régimen autonómico semejante al del Canadá. Los cubanos aceptarían esta solución si España pagase toda la deuda de Cuba y los Estados Unidos garantizaran el cumplimiento de lo que se pactase.»
 ¿Eh? ¿Va bien esto? Pues no se escandalicen ustedes con la noticia. Porque el día menos pensado la da por verídica el Gobierno, y añade, por medio de los órganos oficiosos, que la solución es eminentemente patriótica y que el honor nacional se ha salvado.
 ¡Cosas más gordas habedes visto!

Los autores de la revista teatral *Madrid Cómico*, que con gran éxito se estrenó en el Teatro Romea, han tenido la amabilidad de dedicárnosla, en letras de molde y todo, con frases sumamente halagüeñas y cariñosas.
 Damos las gracias á Limendoux y López Mario, y juramos solemnemente conservar el ejemplar como oro en paño y darle un ósculo cariñoso en la cubierta todas las mañanas.
 ¡No pagamos con menos!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Caracolíto.—Dígale usted las seguidillas al oído y le gustarán mucho. En público no hay para qué decir esas cosas de índole reservada, porque... se ruboriza el objeto amado.
El Ecuador.—Sigue usted lo mismo. ¡Naturalmente! como que en una semana, aunque uno sea el mismo Merlín, no puede adelantar gran cosa!
Fray Verdades.—No tiene usted razón en eso de los versos de nueve sílabas. Todos tienen ocho; lo que hay es que resultan un poquito duros... pero nada más, por el aquel de los diptongos. Por supuesto el «acercaos aquí un poco» tiene la medida exacta, aunque digan lo contrario frailes capuchinos. En lo del barómetro está usted en lo firme. ¡Rediez! aquello ha sido un lapsus de los imperdonables. Gracias á que hay poquísimos gente que entienda de eso....

Ratonera.—Aplíquese usted la última parte de la contestación anterior y *laissez-lez*, como dijo el otro.
El archiduque León.—Pequeña cosa, y hay aconsonancias en casi todos los hemistiquios, lo cual molesta al oído ligeramente.
El minino.—¡Hombrel! eso casi resulta anarquista. Y no está la Magdalena para tafetanes.
Merlín.—Rebasadísimo está el chiste.
Moscatel.—El romance es endable, porque hay que buscar sonoridad en los versos para que no resulte pedestre la composición.
Castañuelas.—Pues... dejando aparte el asunto, como usted desea, siempre quedan ¡ay! algunas aconsonancias y unos cuantos ripios, que hacen la plática *dermayada y baja*.
Un importuno.—Es difícil, así de buenas á primeras, afirmar si tiene usted ó no condiciones para la amena literatura. Lo que sí se puede jurar es que el botón de muestra es bastante mediocre.
 Sr. D. M. B. de V. L.—Repito las gracias y todo lo dicho anteriormente. No se pare usted en la escabrosidad del asunto. Con habilidad puede decirse todo absolutamente.

La pared de enfrente.—¡Jeááá! qué triste y qué lánguido!
Uno.—Verde como ello solo. Porque el chasco del final no quita el amargor de la boca.
Insilla.—Señora, ¡por Dios! eso no es versificar ni cosa parecida. Porque no aconsonanta usted con la debida regularidad, y unas parecen octavillas y otras no lo parecen. Aparte de eso, cualquier deslenguado podría decir que el asunto era cursi.
 Sr. D. J. P.—Yo lo siento... pero no puedo evitar que los versos estén mal medidos en su mayoría.
 Sr. D. G. P.—Las poesías completamente patrióticas y completísimamente serias están bien en cualquier parte, menos en un periódico festivo como el que tiene la honra de estar entre sus manos.
El caballero Harmental.—Los cantares pecan de vulgaridad, y en el soneto hay los dos versos siguientes:

«que hasta que se llegue á la postrimeras»
 «Hacer un soneto de otra manera»

que no son correctos, por desgracia. A no ser que yo esté en la trocha.
Cascarón.—Pues mire usted, no me gustan mucho esas quisicosas, pero se ve que no es usted ningún rana.
El Morucho.—¡Va usted á emprender la difícil carrera de las letras! ¡Ay! pues arrepíentase usted, que todavía estamos á tiempo. ¡Porque me río yo de los desengaños que le aguardan!
Locatis.—Mientras continúe el arresto de los generales no pueden pasar como consonantes *delirio y alivio, espada y causaba*... Veremos lo que decide el Secado.
 Sr. D. M. Ch.—Tiene un solo inconveniente: que el asunto es inocente.
Botarata.—Hombre, no; es usted demasiado modesto. Las *chifaduras* esas no son cosas del otro jueves, pero... no merecen cuatro tiros tampoco.
El noy de Toma.—Verá usted:
 «afeita sola y un pelo corta al vaeios»
 es un endecasílabo vergonzante que no quiere que se le conozca que lo es, y se pone una sílaba más.
Un cualquiera.—Beoqueriana pura, pero de las mandadas recoger hace mucho tiempo.

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
 TAPIOCA—TÉS
 50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 DEPÓSITO GENERAL
 CALLE MAYOR, 18 Y 20
 MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
 COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA
 JIMÉNEZ Y LAMOTHE
 MALAGA—MARRAKESH

MADRID CÓMICO
 PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
 PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
 Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.
 Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
 En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
 Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
 Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA
 Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
 Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera éreta.
 Teléfono núm. 2.160.
 DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
 Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 15 desp.º